



RELATO
CORTO



LA
LLAMADA

OBRA DE CHRISTIE GOLDEN

HISTORIA

CHRISTIE GOLDEN

ILUSTRACIONES

OGNJEN SPORIN

EDITORIAL

CHLOE FRABONI, ERIC GERON

ASESORÍA DE TRASFONDO

COURTNEY CHAVEZ, SEAN COPELAND

CONSULTORÍA CREATIVA

STEVE AGUILAR, ELY CANON, STEVE DANUSER,
CHRIS METZEN, STACEY PHILLIPS, KOREY REGAN

PRODUCCIÓN

BRIANNE MESSINA, AMBER PROUE-THIBODEAU,
CARLOS RENTA

DISEÑO

COREY PETERSCHMIDT, JESSICA RODRIGUEZ



© 2024 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. u otros países.



El viento acariciaba la barba del recién llegado mientras su mirada, ansiosa por contemplar planicies verdes y tierras suaves, se deleitaba.

El Valle Canto Tormenta era el hogar de los Sabiomar, unos magos cuya maestría con el agua y el viento había protegido barcos y marineros por igual durante generaciones. Aun así, la belleza de esta pequeña aldea a orillas del mar resplandeciente no radicaba en monumentos majestuosos de magia poderosa. Resultaba obvio que en aquel lugar se producía el pan de Kul Tiras. El salitre del viento susurraba sobre la cebada y el trigo, y la única magia era la del agua y los molinos de viento, que crujían desde el alba hasta el ocaso, transmutando elementos en energía para alimentar y cuidar a la gente común.

El agradable sonido de los molinos transmitía la promesa de un nuevo comienzo.

Y el romper de las olas, cerca de la cueva donde había empaquetado y enterrado sus pertenencias, hablaba sobre un final.

Las recientes andaduras de Anduin Wrynn no lo habían llevado a lugares pacíficos. Era consciente de que estaba intentando limpiarse, purificar la mente y el alma, quemar sus pecados en lugares donde el paisaje reflejara su propio sufrimiento.

«Mis amigos..., a los que casi mato. Creen que tengo las manos limpias. Pero yo no las siento así».

Años después de esa confesión, el sentimiento seguía sin cambiar.

Sus manos, que en su día recibieran el calor de la Luz sagrada. Sanaban el cuerpo y el espíritu. Protegían un reino, un mundo.

Cerró y abrió los puños; sus manos y él ansiaban mantenerse ocupados.

Cuando era un muchacho, Anduin soñaba con viajar por Azeroth y aprovechar todas las oportunidades que surgieran —o que inventara él mismo— para ir en busca de aventuras. Ahora quería escapar, no explorar. Aislado y solo, prestaba sus manos para lo que fuera que le ganase el pan del día y un lugar para dormir..., aunque dormir fuese un lujo caprichoso. El sueño le provocaba terrores nocturnos de los que solía despertar entre alaridos, en lugar de obsequiarle con descanso o el simple olvido.

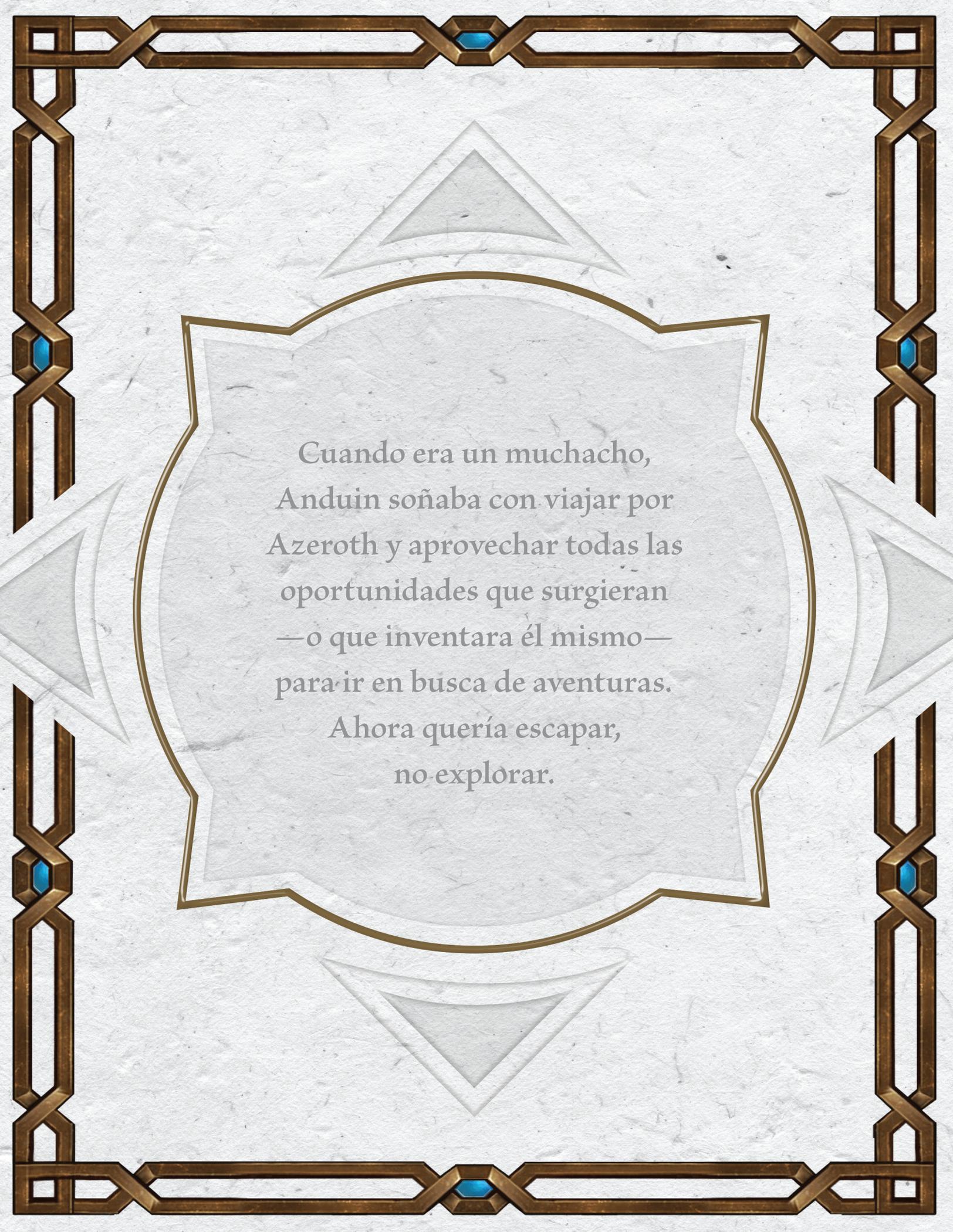
De algún modo, la mente despierta era mejor compañía. Anduin había recorrido muchos lugares, pero solo conservaba recuerdos fragmentarios de ellos. A veces, su mente los restauraba y les daba la forma de aquello de lo que precisamente no quería acordarse. Y revivirlo era más espantoso que la herida original.

El cambio de aires ayudaba, igual que aprender algo nuevo. Se mantenía ocupado, como si jugara al escondite con unos demonios personales que eran mucho peores que los de verdad. Luego se marchaba a otro lugar y, después, al siguiente.

Había viajado a Kul Tiras sin llamar la atención, como siempre. Se alojaba en un camarote del que solo salía cuando sentía que las paredes se cernían sobre él y cuando el aire hedía a su propio miedo y su sudor acre. Observaba en silencio cómo ataban cabos los marineros, y luego él lo ponía en práctica. Una habilidad que se llevaría de aquel viaje. Después de que el barco amarrara, se sentó en la oscura esquina de una taberna y pidió un cuenco de estofado.

No era de los que buscan consuelo en el fondo de una jarra. Tenía que reconocer que le tentaba la idea de beber lo suficiente como para ahogar esos sueños en los que su cuerpo se movía en contra de su voluntad y sus manos empuñaban con fuerza el arma corrupta de su padre. Pero era consciente de que lo único peor que vivir con esos recuerdos sería perder el control.

Comió sin saborear lo que comía, atento solo a las noticias, los cotilleos y las necesidades de la gente. Descubrió que el Valle Canto Tormenta estaba prosperando de



Cuando era un muchacho,
Anduin soñaba con viajar por
Azeroth y aprovechar todas las
oportunidades que surgieran
—o que inventara él mismo—
para ir en busca de aventuras.
Ahora quería escapar,
no explorar.

tal modo que había una carencia de mano de obra dispuesta a ayudar en las cosechas, cuidar de la tierra o moler el grano.

El largo camino desde Boralus hasta el valle le había brindado calma, y cada paso lo llevaba del bullicio del puerto hacia el silencio, la quietud y el ritmo constante del mar.

—Estas son mis vistas preferidas —dijo una voz desde atrás.

Mientras Anduin se volvía, sus manos buscaron una espada que no tenía. Una espada muy bien escondida en una cueva a sus pies. La espada que pendía sobre su cabeza y su corazón. Al percatarse de su sobresalto, la figura que se acercaba —un hombre de mediana edad— alzó una mano y esbozó una sonrisa tranquilizadora. Tenía los ojos azules, y el poco pelo que le quedaba era casi todo gris.

—Te pido disculpas. A pesar de esta pierna, me sigo moviendo en silencio.

Hizo un gesto y Anduin vio en su forma de cojear, apoyándose en el bastón, que había sufrido una mala fractura y no se había curado del todo.

«Podría ayudarlo», pensó, pero entonces recordó que aquellos tiempos eran historia.

El hombre prosiguió:

—En este lugar le pedí matrimonio a mi mujer. Aquí también vi mi última puesta de sol antes de marchar hacia la Cuarta Guerra, y la primera al volver a casa. Cuando has visto lo que yo... —Suspiró y dejó la frase inacabada. Anduin se alegró por ello—. Bueno, el corazón ansía la paz. La belleza de una forma sencilla. Las cosas que crecen y cambian, y también las que no lo hacen. Por cierto, me llamo Rodrik Feldon.

—Jerek. —Anduin ya había usado otros alias antes, en tiempos más sencillos cuando era un muchacho que huía de sus responsabilidades. Ahora estaba huyendo de algo mucho más oscuro—. Busco trabajo.

—Pues a mí me vendría bien un poco de ayuda. ¿Cuál es tu vocación, Jerek? No se esperaba esa pregunta tan informal y, durante un instante, Anduin se quedó sin aliento.

Una vocación.

Recordó el sacerdocio y a Aerin Petramano, la joven guerrera de Forjaz que debía instruirlo en el arte de la espada. Prometió templanza al estilo de los enanos, pero no tardó en darse cuenta de que el príncipe no estaba hecho para infligir dolor. Ni para

hacer daño a otros. Aerin comprendió que a Anduin le podría ir bien al servicio de la Luz. Y lo mismo pensó Magni Barabronce.

Anduin también lo había creído en su día. Siempre se sintió atraído por la paz que ofrecía. La calma.

«Durante toda mi vida he anhelado la paz —pensó—. Y, durante toda mi vida, nunca la he tenido».

Campos junto al océano. En una tierra abierta, bajo un cielo abierto. Trabajo físico duro. Quizá aquel lugar y aquel trabajo pudieran ayudarlo.

Conocía la Luz, pero no tenía nada más.

En ese momento se dio cuenta de que su mente se había quedado divagando mientras Rodrik esperaba una respuesta. —Hago un poco de todo —contestó. Ante la mirada perpleja de Rodrik, añadió—: Aprendo rápido, tengo una espalda fuerte y trabajaré duro.

Rodrik se fijó en la capa andrajosa de Anduin, en sus botas salpicadas de barro, en su barba descuidada y en su pelo sucio.

—Parece que llevas mucho tiempo viajando, hijo. ¿De dónde vienes?

Anduin se puso alerta al instante. —¿Y qué importa eso?

Rodrik lo estudió con la mirada durante unos instantes.

—Pareces un poco nervioso —señaló—. Y hambriento. Aquí tienes. Puede que esto te ayude.

Metió la mano en la mochila y sacó una hogaza de pan.

Anduin la aceptó. La hogaza aún estaba caliente. El olor hizo que le rugieran las tripas. Rodrik hizo un ademán hacia los molinos que salpicaban el paisaje. Las aspas giraban y crujían, pero había un solo molino de agua a cierta distancia. Un canal dirigía el flujo del río hacia una enorme rueda. Había sacos de trigo y de cebada apilados a un lado, a la espera de ser molidos, y los pollos picoteaban frenéticamente los granos sueltos. A poca distancia había una cabaña de aspecto alegre donde una yegua, una cabra y su cría pastaban en la hierba cercana.

—Soy el propietario de ese molino de agua. Tienes pan y leche de cabra de sobra. Y huevos, si eres capaz de mantener alejado al zorro. Te haré trabajar duro, cosa que dices

que quieres hacer, y te pagaré dignamente. Tendrás que aprender algunas cosas, claro, pero, si eres espabilado, no te llevará mucho. Después, me pasaré una o dos veces a la semana para traerte cosas.

Rodrik repasó la lista de responsabilidades de Anduin: comprobar las piedras de moler, moler el grano para hacer harina, mantener la maquinaria, gestionar los pedidos...

—Un momento —lo interrumpió Anduin. Se le hizo un nudo en la garganta. No lo había pensado con detenimiento—. ¿Los granjeros traerán el grano hasta *aquí*? ¿Cuántos? ¿Con qué frecuencia?

Oyó cómo alzaba la voz con nerviosismo y notó que se le llenaban las manos de sudor. Había buscado la soledad, pero allí parecía que iba a encontrar lo contrario. Se sintió desfallecer, como si las puertas de su interior se fueran cerrando una a una. Aquel lugar, por agradable que pareciera, no tenía las respuestas que buscaba.

—Ah, antes me incordiaban constantemente, pero me mudé a la ciudad con mi familia tras la guerra. Ahora, mi mujer lleva una panadería. Yo me encargo del trabajo aburrido y de los pedidos. El trabajo pesado se lo dejo a los jóvenes y fuertes. —Se rio con tristeza—. En teoría era una buena idea, pero nadie se queda demasiado. Es un trabajo solitario, según dicen...

—Lo haré.



Tal y como le había dicho Rodrik, había que aprender cosas. Bastantes, de hecho. El hombre le enseñó a “escuchar” al molino para averiguar si fallaba algo y también a reparar la intrincada maquinaria. A comprobar el estado de la harina molida como hacían los molineros, frotándola entre el pulgar y el índice, y a inspeccionar las piedras de moler. A ordeñar la cabra, a ensillar la yegua y a fabricar una trampa para cazar al zorro si intentaba algo con los pollos.

Anduin prestaba atención con interés. Cuanto antes decidiera Rodrik que su nuevo trabajador estaba preparado, antes podría recluirse en la soledad. Permanecía en silencio

menos cuando preguntaba o respondía algo, pero a Rodrik no parecía importarle. Él hablaba por ambos, amistosamente y casi siempre sobre su familia: su mujer Vera, que no solo se encargaba de las cuentas de la panadería, sino que también era la panadera; su hijo Ben, que era una década más joven que Anduin; y su hija, Cynda.

—Sigue siendo una niña, pero es más lista que la mayoría de los adultos que conozco. Eso lo ha sacado de su madre —añadió el padre sin ocultar una mirada llena de orgullo.

Anduin permaneció en silencio. Su familia no parecía en nada a la de Rodrik. Su madre murió poco después de su nacimiento por causas violentas, y su padre, presa del luto, permaneció distante y alejado durante muchos años. Cuando Rodrik hablaba sobre su servicio en la Cuarta Guerra, Anduin se volvía aún más reservado.

—No había muchos soldados profesionales en Kul Tiras antes de que estallara la guerra —dijo mientras Anduin tamizaba varios puñados de harina entre los dedos—. Casi todos eran reclutas, y mucha gente de por aquí no sabía gran cosa sobre armas de guerra. Somos granjeros, molineros y apicultores. ¡Deberías haberme visto la primera vez que empuñé una espada! —Soltó una risilla, pero, acto seguido, se puso serio y su mirada se ensombreció—. Aprendí a usarla bastante bien.

Anduin se quedó sin aliento y sintió que su corazón empezaba a latir con fuerza.

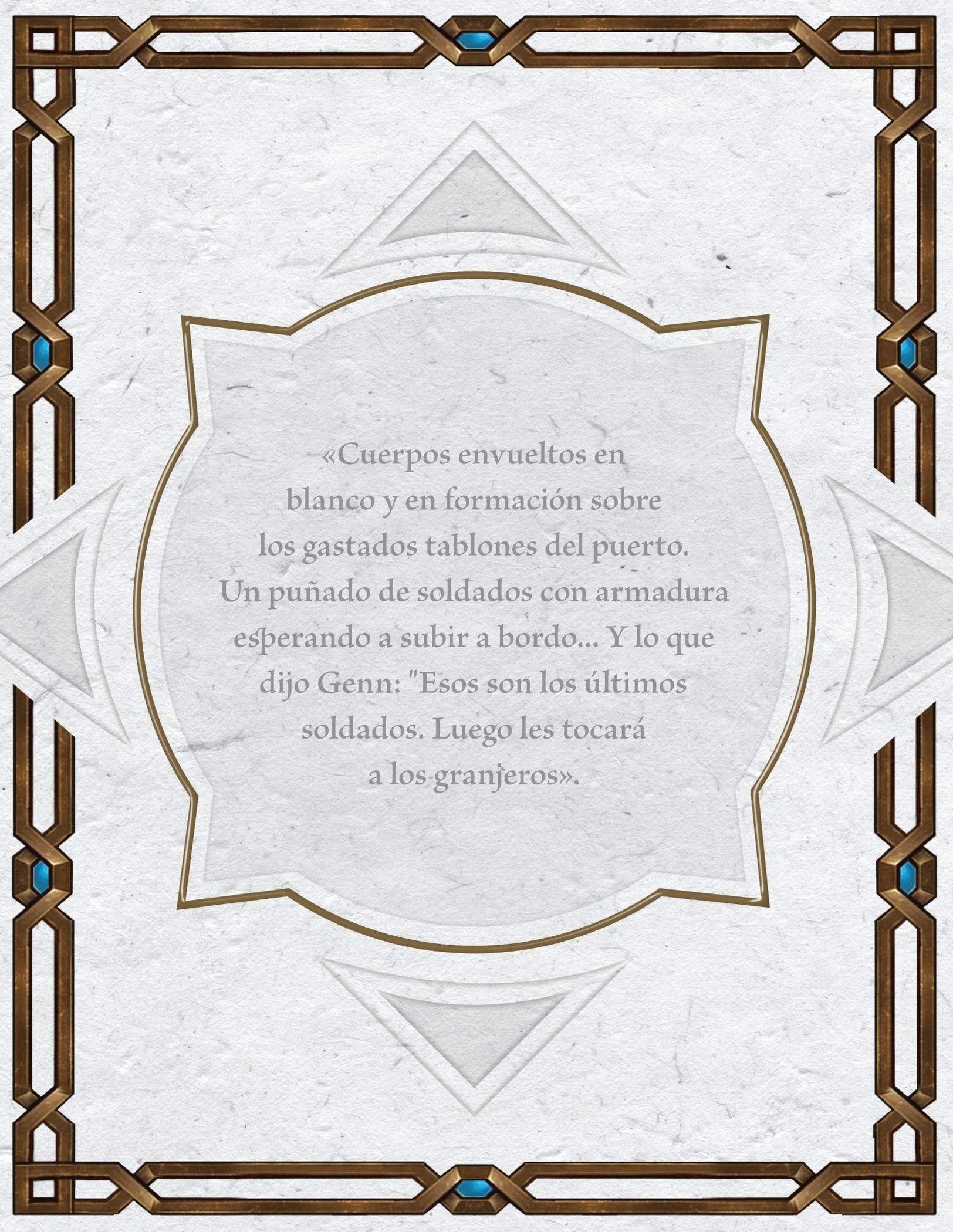
«Cuerpos envueltos en blanco y en formación sobre los gastados tablones del puerto. Un puñado de soldados con armadura esperando a subir a bordo... Y lo que dijo Genn: “Esos son los últimos soldados. Luego les tocará a los granjeros».

—¿Jerek?

—Lo si-siento —tartamudeó Anduin mientras se miraba la mano, cerrada aún sobre un puñado de harina. La abrió, balbuceó una excusa y salió rápidamente del molino, ávido de aire fresco de repente.



Después de aprender todo lo que necesitaba, los días de Anduin se tiñeron de mundana sencillez: amontonaba sacos y echaba grano en la tolva, empaquetaba harina, se



«Cuerpos envueltos en
blanco y en formación sobre
los gastados tablones del puerto.
Un puñado de soldados con armadura
esperando a subir a bordo... Y lo que
dijo Genn: "Esos son los últimos
soldados. Luego les tocará
a los granjeros».

encargaba del mantenimiento y cuidaba a los animales. A todas horas se oía el chapoteo rítmico y relajante de la rueda hidráulica.

La única tarea que había dejado de lado era la de ponerle trampas al zorro. Hasta ahora había dejado en paz a los pollos, y a Anduin no le gustaba nada la idea de matar a la criatura, y mucho menos por *si acaso* hacía algo. También era consciente de que no podría vigilar a las aves en todo momento y, a veces, los zorros actuaban durante el día.

Al principio, solo había oído sus gañidos y ladridos al atardecer. Luego, durante las noches en las que se quedaba fuera para contemplar las estrellas, empezó a vislumbrar con frecuencia una figura entre las sombras, al borde del anillo de luz que proyectaba el fuego, y un par de ojos brillantes que lo estudiaban sin el menor atisbo de miedo. Una noche, llevado por un impulso, Anduin rebanó un trozo de carne del asador.

—Eh. Zorro —dijo, y se lo lanzó a la criatura.

El animal un brinco para alejarse, confuso, pero no tardó en percatarse de su error. Engulló la comida de un trago y se escabulló a toda prisa.

Volvió la noche siguiente y se sentó con elegancia, juntando las patas delanteras y enroscándolas con la peluda cola, como si se estuviera presentando.

—No debería alimentarte, zorro —dijo Anduin.

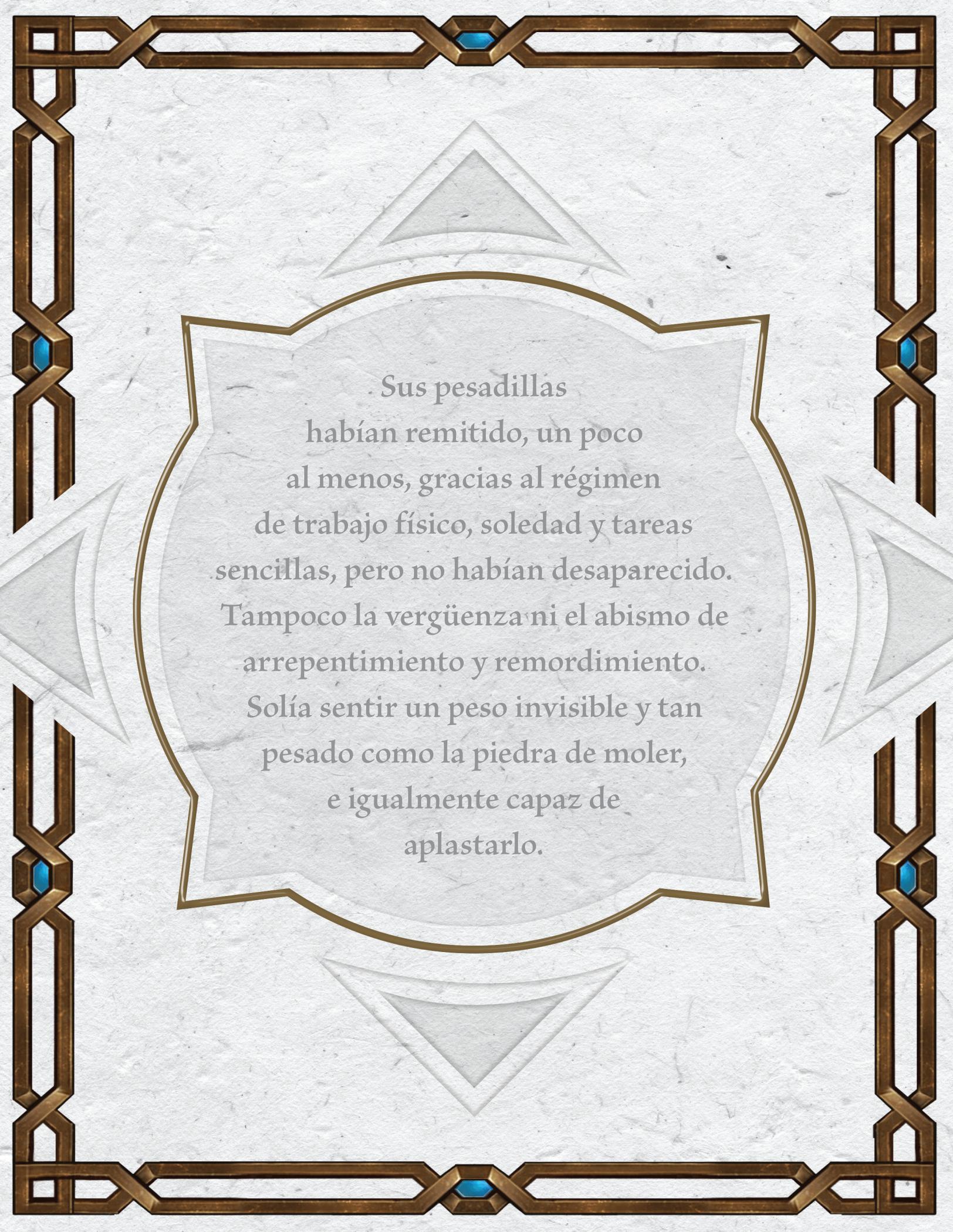
El animal movió las orejas, como si estuviese escuchando. A Anduin le resultaba extraño oír su propia voz. Solo hablaba lo necesario con Rodrik. El resto del tiempo permanecía en silencio.

El zorro sacó la lengua rosada para lamerse el hocico, manchado y negro.

«*Lo cierto es que no debería alimentarte*», pensó Anduin, pero lo hizo igualmente mientras se preguntaba el motivo.

Sus pesadillas habían remitido, un poco al menos, gracias al régimen de trabajo físico, soledad y tareas sencillas, pero no habían desaparecido. Tampoco la vergüenza ni el abismo de arrepentimiento y remordimiento. Solía sentir un peso invisible y tan pesado como la piedra de moler, e igualmente capaz de aplastarlo. No, lo mejor era progresar día a día, hora a hora. Tarea a tarea.

Mantenerse ocupado.



Sus pesadillas
habían remitido, un poco
al menos, gracias al régimen
de trabajo físico, soledad y tareas
sencillas, pero no habían desaparecido.
Tampoco la vergüenza ni el abismo de
arrepentimiento y remordimiento.
Solía sentir un peso invisible y tan
pesado como la piedra de moler,
e igualmente capaz de
aplastarlo.

Anduin siempre esperaba con impaciencia las noches en las que estaba demasiado cansado como para soñar. El contenido de sus sueños cambiaba, pero la violencia era recurrente. *Su* violencia. En estos sueños, Anduin era tan incapaz de cambiar las cosas como cuando llevó a cabo aquellos brutales actos. En ocasiones, los sueños adoptaban la forma de reminiscencias que lo paralizaban en un espantoso estado entre el pasado y el presente.

Eran terroríficos cuando lo destrozaban por dentro y lo inundaban de culpa.

Pero eran peores cuando no lo hacían.



Chac.

El hacha se clavó en la madera y la cortó limpiamente en dos mientras Anduin se movía con un ritmo al que ya estaba acostumbrado. Hachazo. Volver a empezar. Hachazo. Volver a empezar. Otro tronco.

Chac.

Hachazo.

«Formas pequeñas, alas delicadas y muy frágiles, los ojos abiertos, y mucho más por el terror...».

Volver a empezar.

Chac.

«La espada, tan parecida a la que empuñaba su padre, pero retorcida, mancillada, sin un brillo rojo o dorado, sino azul... Era casi bonita, ¿no? Con una estocada, la hoja dentada perforaba y luego serraba al sacarla; los ojos muy abiertos y en blanco, y el grito, musical y abominable, el grito...».

Anduin retrocedió tambaleándose con la garganta en carne viva, jadeante, con la boca abierta, intentando recobrar el aliento. El tronco a sus pies estaba más que cortado en dos: era un amasijo de astillas diminutas. Todavía empuñaba el mango con la mano dolorida. Los nudillos estaban blancos. Arrojó el hacha como si le quemase las manos. Cayó sobre la tierra sin hacer daño, pero Anduin no había mirado antes de lanzarla.

Sus piernas temblorosas cedieron, y cayó de rodillas hundiendo las manos temblorosas en la tierra fértil. No se podía confiar en él. Ni siquiera sabía cuándo iba a perder el control.

Sus pensamientos, como depredadores que hubieran olido la debilidad, se abalanzaron sobre su mente. *«¿Y si invoco a la Luz y no me responde?»* No sentía un ápice de ella, ni el menor rastro. Incluso el dolor de sus huesos —sanados por la Luz— había desaparecido y, con ello, cualquier esperanza de una guía.

«Quién de nosotros —el Carcelero, el alma en el interior del fragmento o yo— ha sentido esa horrible exaltación?»

»¿Y si arrebató una vida y me parece placentero?»

Anduin clavó los dedos en la marga con más fuerza, como si quisiera enterrarse en más de un sentido, y respiró profunda y lentamente varias veces. Por suerte, aquellas pesadillas lúcidas eran menos frecuentes que las que tenía estando dormido; por la noche había menos probabilidades de que le hiciera daño a alguien. Esta vez había tenido mucha suerte. Podría haber dañado un edificio, al ganado o algo peor. Aquel día, Rodrik no había ido a visitarlo. ¿Y si se presentaba justo en uno de aquellos momentos de delirio, y lo hacía con el sigilo que acostumbraba?

Anduin se puso en pie, bebió con ganas del odre de agua y se limpió la cara. Después, echó un vistazo a la carretera e hizo una mueca. Como si lo hubiesen convocado, Rodrik se estaba acercando con las provisiones que le llevaba a Anduin dos veces a la semana. Aquello no tenía nada de extraño, pero el cielo ya estaba tiñéndose de lavanda.

Anduin se lavó las manos y la cara, e intentó tranquilizarse. Esperaba no tener un aspecto demasiado afligido. Haría todo lo posible para terminar cuanto antes.

—Hoy vienes más tarde que de costumbre—dijo mientras comenzaba a descargar el carro—. ¿Llegarás a tiempo de cenar?

—Esta noche, sí. —Rodrik le ofreció una sonrisa traviesa y salió del vehículo con cuidado—. Espero que tengas hambre. Mi joven amigo, estamos a punto de cenar el mundialmente famoso estofado de verduras de temporada y la tarta de bayas de Vera Feldon.

—No, no, estoy bien, no necesito...

Rodrik se le acercó cojeando.

—Todo ha salido del horno hace menos de una hora. No me harás volver a casa y decirle a Vera que no te he dado de comer, ¿verdad?

Por supuesto, no podía hacer otra cosa que aceptar. Mientras Anduin guardaba las provisiones, Rodrik comenzó a encender la lumbre en la pequeña cabaña.

—No —dijo Anduin. En aquel momento no quería estar en un espacio pequeño—. Comamos fuera.

Hubo un breve silencio. Rodrik asintió y salió fuera, a la hoguera. Mientras Anduin salía del molino, Rodrik lo llamó.

—Tienes que poner la trampa.

—No es necesario —respondió Anduin—. No hace nada. —Y, como si quisiera confirmarlo, el zorro respondió con un pequeño gañido y trotó hacia él. Todavía no se dejaba acariciar, pero desde que Anduin comenzara a alimentarlo por las mañanas, el zorro había cogido el hábito de seguirlo durante el día—. Caza las ratas del molino y no molesta a los pollos.

—De momento —musitó Rodrik—. ¿Tiene nombre?

—No.

Los nombres tienen un significado. Implican afecto, una conexión. Anduin no quería ponerle nombre al zorro.

El molinero colocó una pequeña caldera sobre el fuego y desempaquetó el pan y el queso. Y, como Anduin sospechaba, comenzó a hablar. Primero sobre el pan, que era distinto. Tenía especias. Vera estaba experimentando porque se iba a celebrar el Festival de la Cosecha en un par de semanas.

Era parte de la charla habitual de Rodrik, sí, pero Anduin se dio cuenta de que había algo... *raro* en él aquella noche. Su amabilidad parecía forzada. Comieron en silencio, pero, mientras Anduin se servía otro plato, Rodrik le hizo una pregunta tan inocente como dolorosa.

—¿Estuviste... en la guerra?

Anduin se quedó paralizado y tragó saliva. Desde luego que sí. Había estado en la guerra. En muchos sentidos, Anduin sentía que él *había sido* la guerra. Incapaz de hablar, asintió.

—No digo que no fuese justo luchar. Pero incluso las guerras que merecen ser libradas tienen sus consecuencias. Hay consecuencias de las que uno no es consciente hasta algún tiempo después. Y otras te persiguen siempre.

Anduin se quedó mirando al cuenco que se le enfriaba en el regazo. Tenía hambre hacía un instante, pero ahora la comida le pesaba en el estómago. Comenzó a sentir un sudor frío por todo el cuerpo.

—Las cosas que crees que no debían molestarte... lo hacen —dijo el molinero—. Como una fogata al aire libre. Hubo un tiempo en el que no habría sido capaz de sentarme aquí, como ahora. Sigue sin gustarme demasiado, pero lo llevo mejor. —Inspiró, aguantó el aire y lo soltó lentamente—. Respirar así ayuda. Y mover el cuerpo.

«El cuerpo, moviéndose en contra de tu voluntad». Anduin respiró profundamente.

—Nos tendieron una emboscada en el campamento de campaña. Tres de mis amigos cayeron de pronto, ensartados en flechas. Luchamos en la oscuridad contra trolls mucho más grandes que nosotros. Cualquiera que intentaba enfrentarse a ellos... —Rodrik hizo una pausa. Estaba pálido incluso a la luz de la hoguera y temblaba—. Huimos. Tuvimos que hacerlo. Yo *sabía* que debía hacerlo. Pero no debí dejar atrás a los demás. A veces... sueño con aquello.

«Agonía del Rey, brillando con una luz azul gélido, el olvido misericordioso arrancado para que Anduin pudiera ver, comprender... Su mano en la empuñadura, su golpe sacando el sigilo...».

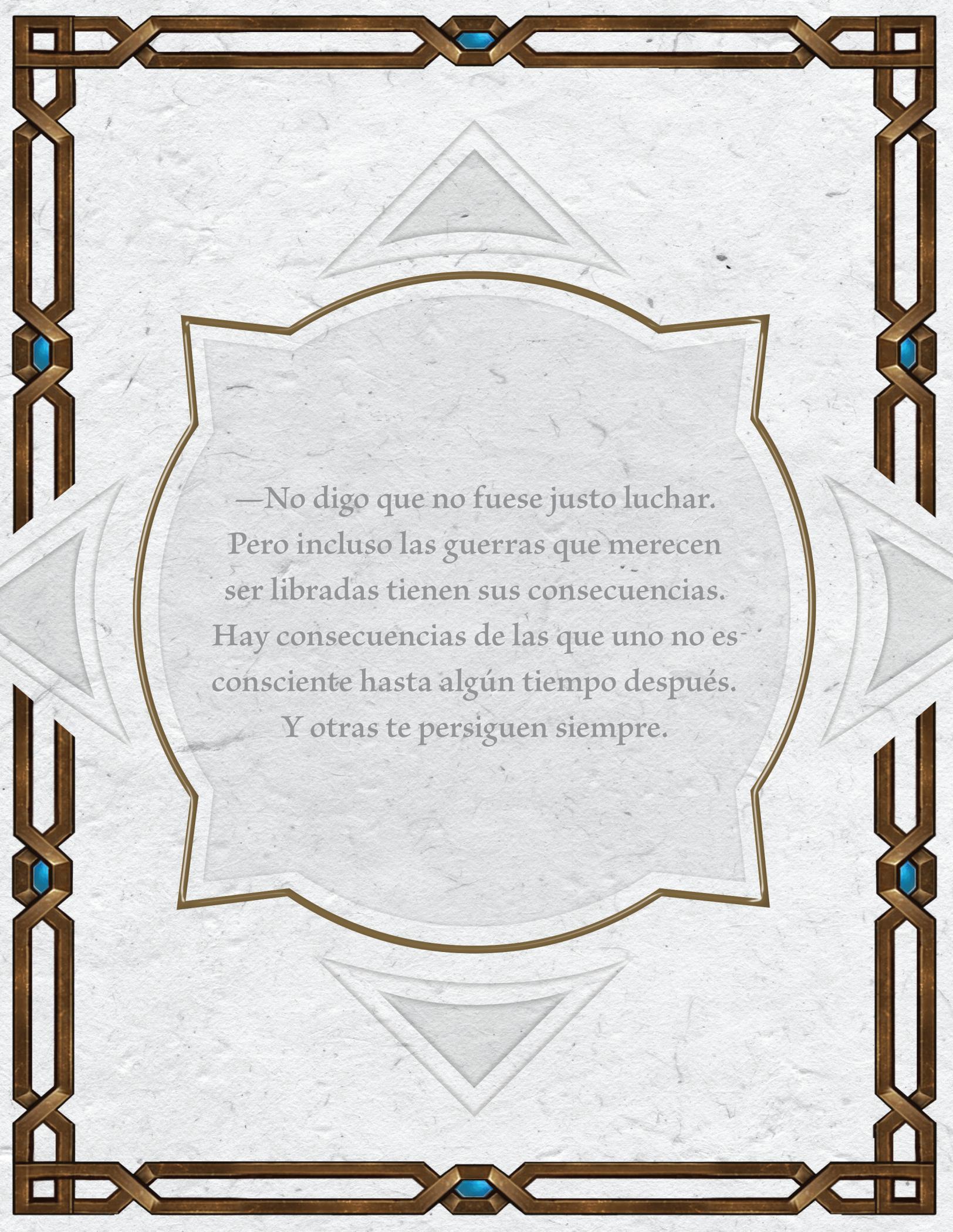
—Tardé mucho en contárselo a Vera...

Anduin se puso en pie de un salto, y el cuenco se le cayó del regazo.

—Será mejor que vuelvas, se ha hecho tarde —dijo con la voz rota.

Se dio la vuelta para marcharse. El paso se convirtió en carrera, como el del zorro al seguirlo. Huyó corriendo del dolor y la verdad de Rodrik, y de los suyos.





—No digo que no fuese justo luchar.
Pero incluso las guerras que merecen
ser libradas tienen sus consecuencias.
Hay consecuencias de las que uno no es
consciente hasta algún tiempo después.
Y otras te persiguen siempre.

—El Festival de la Cosecha es mañana —dijo Rodrik dos semanas después. Anduin había terminado de cargar el carro con varios sacos de harina—. Vera prepara un postre especial para la ocasión. Se sirve caliente, recién sacado del aceite y se cubre con azúcar.

Anduin conocía ese postre. De repente captó el olor del aceite y el azúcar, y sintió que se le hacía la boca agua.

«Varian, rey y padre, tenía las manos grandes y fuertes cubiertas del dulce polvo. “Hoy puedes chuparte los dedos, hijo. Los modales son para las cenas formales, no para los festivales”. El sabor en su lengua, el sonido de las risas y la música...».

Rodrik debió de ver que se estremecía. —No hace falta que vengas, claro, pero serás bienvenido.

—Ya veremos —logró decir Anduin. Ambos sabían lo que significaba eso.

El carro estaba listo, pero Rodrik, que ocupaba el asiento delantero, no usó las riendas para indicarle al caballo que comenzara la marcha. Anduin se puso tenso.

—Jerek... Sobre nuestra última conversación...

Un sentimiento de vergüenza embargó a Anduin.

—Lo siento, yo...

—No, no, el que lo siente soy yo. Metí la pata.

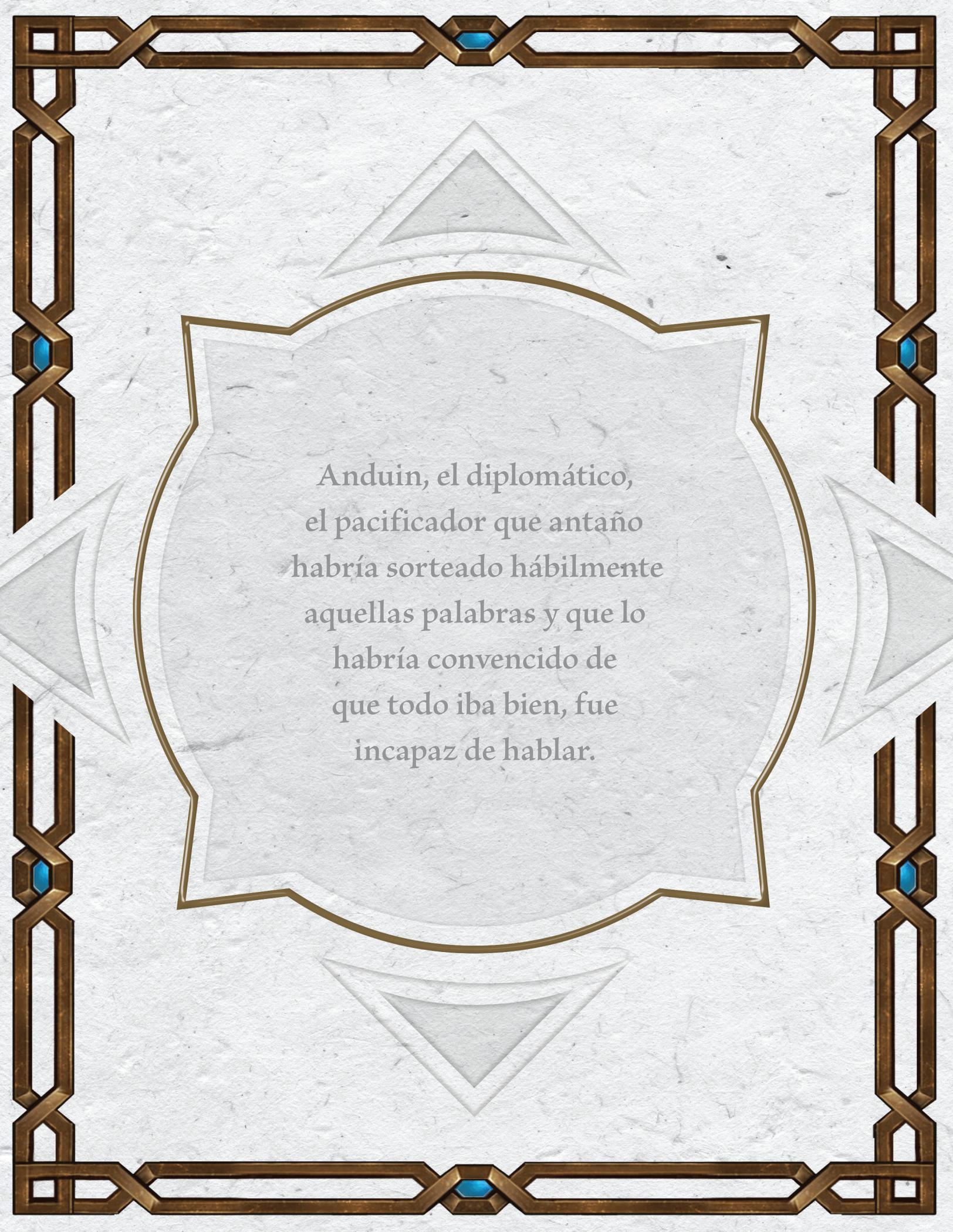
Confuso, Anduin permaneció en silencio. Rodrik sacudió la cabeza con tristeza.

—Me veo reflejado en ti, Jerek. En esos momentos en los que te enfadas o en los que no puedes respirar o cuando solo quieres que me marche. Me siento identificado cuando tiembles, sudas y pareces ver cosas que no están ahí. Quería que supieses que yo no juzgo a nadie por lo que la guerra o cualquier otra cosa pueda haberles hecho, así que por eso te conté mi historia. Parte de ella, al menos. Y eso hizo que pensaras en tu propia situación en un momento inesperado.

Anduin, el diplomático, el pacificador que antaño habría sorteado hábilmente aquellas palabras y que lo habría convencido de que todo iba bien, fue incapaz de hablar.

Rodrik sacó un trozo de papiro doblado.

—He escrito algunas reflexiones sobre mi propia experiencia. Algunas cosas que aprendí y que puede que te sean de ayuda. No hace falta que lo leas y tampoco que digas



Anduin, el diplomático,
el pacificador que antaño
habría sorteado hábilmente
aquellas palabras y que lo
habría convencido de
que todo iba bien, fue
incapaz de hablar.

nada. Pero, si lo haces, que sepas que aquí me tienes.

Anduin tragó saliva. Dio un paso al frente, alarmado y cauteloso, igual que el zorro la primera vez. El papiro crujió levemente al cogerlo.

Rodrik, visiblemente más relajado, le sonrió con amabilidad.

—Me aseguraré de que Vera te guarde algunos dulces —dijo, y chasqueó la lengua. El caballo resopló, agitó sus crines y comenzó a trotar carretera abajo.

Anduin miró la carta, la guardó en el bolsillo sin leerla, y cargó un saco de grano.



El día siguiente era perfecto para el Festival de la Cosecha de otoño: luminoso y fresco, pero caldeado por un sol que conjuraba el leve frío que anunciaba el invierno inminente. Anduin se pasó casi toda la mañana en el interior del molino, trabajando con los engranajes. Cuando al fin terminó, salió fuera.

Un humo negro se arremolinaba a lo lejos mientras otro más claro cubría el cielo. El festival. Rodrik. Un instinto profundo —la necesidad de ayudar— dirigió los siguientes pasos de Anduin. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, se había subido a la grupa de la sobresaltada yegua del carro y la estaba azuzando para que cabalgara a toda velocidad.

Hacia su amigo y su familia. Anduin se había mentalizado para encontrarse con un escenario dantesco. Rodrik había mencionado aceite caliente: seguro que se había producido un accidente y se había propagado el fuego de alguna fogata improvisada. Anduin podía ayudar y lo *haría*.

La realidad era mucho peor.

Se había desatado un infierno. Entre el humo, Anduin pudo vislumbrar algunos puestos del festival reducidos a cenizas, mientras que otros no eran más que armazones en llamas a punto de derrumbarse. Incluso los estandartes estaban ardiendo. Anduin se quedó mirando, paralizado, casi como si estuviese hipnotizado, mientras una bandera de la casa Canto Tormenta se retorció y se doblaba ennegreciéndose al paso de las llamas.

Había figuras en el suelo; cadáveres, comprendió Anduin. Había uno justo delante, quemado y carbonizado, como un trozo de carne que se ha dejado en el espetón demasiado tiempo. Oyó unos gritos a su izquierda, y dos figuras aparecieron entre el humo negro cubiertas con una manta.

«Esperando, observando, a salvo en Ventormenta, mientras un Árbol del Mundo se quemaba y muchos intentaban huir a través de unos pocos portales...».

En aquel momento, la yegua, aterrorizada, se encabritó y tiró al suelo a Anduin, que lanzó un grito sobresaltado. Su golpeó chocó contra algo duro. Todo se tiñó de blanco durante unos instantes para dar paso a unos destellos de luz parecidos a estrellas. Anduin intentó ponerse de pie, pero todo le daba vueltas. Ya no veía a las dos figuras, pero entre el humo que lo envolvía todo apareció una tercera. Anduin creyó ver a alguien detrás, pero desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Quizá nunca hubiera estado ahí. La mujer llevaba un bebé en brazos, protegiéndolo lo mejor que podía...

«El niño, parido por una reina, llevado ante una sacerdotisa, el último superviviente...».

La mujer cayó como una piedra. El bebé lloraba y tosía. Más gritos. Risas. Alaridos.

El dolor le atenazaba la cabeza. Se tapó las orejas con las manos y, al hacerlo, sintió que le corría la sangre entre los dedos. Miró a su alrededor como un poseso, intentando concentrarse, sin éxito. Su cuerpo era presa de una tos que no hacía más que multiplicar su dolor, y el hedor de la sangre y la cacofonía de la masacre hacían que el corazón le palpitase con la fuerza de un martillo.

Las estrellas comenzaron a esfumarse; Anduin pudo vislumbrar unos carros cargados de comida y otros pertrechos, esperando más allá del alcance de las feroces llamas. Los conductores dejaron correr por fin a sus caballos desbocados y los carros salieron disparados, agitándose violentamente. Algunos de los atacantes vacilaron, apenas visibles entre el humo, buscando más presas a las que cazar. Y, entonces...

«Rodrik».

Anduin se estremeció. Sus extremidades no respondían, y sintió que iba a perder el conocimiento si intentaba levantarse. Así que se arrastró, con la cara pegada al suelo, intentando respirar. Todo en su interior le imploraba *«¡Huye! ¡Huye!»*.

Pero, apretando los dientes para contener otro alarido, se obligó a seguir avanzando.

Por increíble que pudiera parecer, en aquel momento salieron más personas de las llamas. Algunas casi tropezando, como si alguien las hubiese empujado desde atrás. ¿Cómo era posible que siguiesen con vida? Los ojos le escocían por culpa de la ceniza, el humo y las lágrimas, pero Anduin agradecía que el dolor y la vista nublada le impidiesen ver con claridad los horrores que lo rodeaban.

El bebé seguía llorando y tosiendo; alguien lo recogió del suelo y huyó con él. Otra figura emergió de entre la humareda negra, quemada, pero no tanto como otras. Era un *hombre*, pero su forma de apoyar la pierna derecha...

—¡Rodrik! —intentó gritar Anduin, pero solo un grito ahogado escapó de sus labios.

«Aún no es demasiado tarde. Puedo ayudarlo. Puedo...».

Rodrik se desplomó.

Sin saber cómo, Anduin consiguió llegar hasta su amigo caído. Lo siguiente que supo fue que estaba arrodillado junto al molinero, mirando su piel ennegrecida y sus ojos azules en su rostro cubierto de hollín, las manos que intentaban tapar una herida de la que brotaba la sangre a borbotones, y entonces...

Dio un grito ahogado y retiró las manos, temblando. No podía ayudar a Rodrik. Ahora no.

«Anduin, haz algo. Haz algo...».

—*No puedo* —repitió con voz áspera, una y otra vez, sollozando. Volvió a colocar sus manos sobre la herida y empezó a rezar.

«No va a acudir. A mí no. Ya no».

Volvió a retirar las manos impotentes, ahora transformadas en sendos puños que apretaba contra sus piernas, llenos de ira, frustración y odio.

—Lo siento... Lo siento muchísimo...

—No pasa nada... —le respondió un susurro.

Anduin sacudió la cabeza. Tomó la mano temblorosa de Rodrik. El alarido de dolor que lanzó el molinero le desgarró el corazón. El hombre, en medio de su agonía, apretó la suya con fuerza.



—*No puedo* —repitió con voz áspera, una y otra vez, sollozando. Volvió a colocar sus manos sobre la herida y empezó a rezar.

«No va a acudir. A mí no.
Ya no».

—Mi familia... en la ciudad... —Un desgarrador ataque de tos lo inter-rumpió, y escupió sangre y cenizas. Con la poca energía que le quedaba, Rodrik pugnó por hablar. Anduin lo tranquilizó, capaz al menos de darle paz en sus últimos momentos.

—Yo me haré cargo de ellos —dijo—. Lo prometo...

Rodrik escuchó sus palabras. Su cuerpo, tenso y herido, se relajó. Cerró los ojos y se fue.



Ben Feldon tenía los ojos de su padre. Y también su vieja pistola de guerra, que ahora apuntaba al desconocido al otro lado del umbral.

Anduin levantó las manos. Era consciente de la imagen que presentaba, con la ropa llena de cenizas y empapada de sangre. La sangre de Rodrik. El mismo Rodrik al que había envuelto en una manta y colocado cuidadosamente en el suelo antes de llamar a la puerta de los Feldon.

—Soy Jerek. Del molino.

Por suerte, Ben reconoció el nombre y bajó el arma. Él también mostraba señales de haber sido víctima de las llamas: tenía una pequeña quemadura en un brazo y la camisa chamuscada. Debieron de escapar mientras Rodrik se quedaba atrás.

—*¿Roddy?*

Una mujer corrió hacia él e intentó mirar detrás de él, como si esperara, contra toda esperanza, ver la cara de un ser querido. *Vera*. Su pelo negro empezaba a tornarse gris, pero Anduin reparó en su rostro, sorprendentemente terso... hasta que sus ojos recayeron sobre el cuerpo de su marido. Al darse comprender la situación, el dolor hizo presa de ella, envejeció su rostro y apagó su luz mientras caía de rodillas junto al cadáver, apoyaba una mano sobre él y agachaba la cabeza.

Por un segundo, Anduin pensó que él también iba a derrumbarse. Pero sabía que, si llegaba a ese punto, algo en su interior se desmoronaría igual que las estructuras en llamas del festival, consumidas hasta los cimientos.

—Gracias, hijo. —La voz de Vera, aunque temblorosa, sonaba amable—. Bendito seas por traerlo. Me... me prometió que volvería a casa.

—*¿Por qué no me dejó que lo acompañase?* —dijo Ben con la voz llena de dolor e ira.

—Quería mantenernos a salvo.

—Podríamos haber estado a salvo *todos*, pero se *empeñó* en... —Ben arrugó la cara y se dio la vuelta.

Rodrik, el soldado, el que le habían tendido una emboscada junto a una hoguera. Quien, esta vez, había decidido que no dejaría a nadie atrás.

Anduin oyó los pasos apresurados de un par de pequeños pies y vio que una niña asomaba desde el marco de la puerta. Llevaba el pelo recogido en un par de trenzas, decoradas con flores de paz marchitas, y su cara estaba manchada de hollín, excepto en los surcos que habían dejado sus lágrimas.

—¿Papi?

—Cynda, cariño, no...

«*Os he fallado. A todos*».

El espíritu de Anduin se tambaleó.



Rodrik quería que lo enterrasen cerca del acantilado donde Vera y él se habían jurado amor eterno años atrás, cuando apenas tenían la edad de Ben.

Anduin cavó la tumba él mismo; no hacía falta dejarle una tarea tan dura a su familia, y quería encargarse personalmente.

Mientras lo hacía, rumiaba pensamientos mucho más profundos que el propio hoyo. Nunca llegaría a descubrir si la Luz habría podido salvar a Rodrik, y tendría que vivir sabiendo que había tenido demasiado miedo como para preguntarlo. Haría cualquier cosa que estuviese en sus manos para ayudar a la afligida familia, excepto una: no pensaba asistir al funeral. No podía soportar la idea de estar cerca de alguien que portase la Luz. Ya no. Y quizás nunca más.

Aquel día, Anduin echó a andar. El zorro lo siguió, como si fuese parte de su sombra. No regresó hasta el crepúsculo, para asegurarse de que todos se habían marchado ya. Para su sorpresa, encontró una caja frente a la puerta de la cabaña. Junto a ella había un pequeño trozo de papiro que decía: «Para Jerek. Gracias». En la caja había pan, queso, verduras y un poco de carne envuelta en un paño encerado; incluso sobras para el zorro.

Cogió un trozo.

—Oye, zorro —dijo, y se lo dio.

La nota le recordó a otra que Rodrik le había dejado, y de la cual se había olvidado hasta ahora. La sacó y la observó unos instantes.

«Jerek,

Los dos hemos conocido la guerra. Sabes que te cambia. Tienes derecho a sentir lo que sientes. Ira, tristeza, miedo... Yo he sentido lo mismo y mucho más.

Te conozco mejor de lo que piensas. Veo tu empeño en hacer las cosas bien cuando trabajas en el molino. Y veo tu paciencia y tu bondad en tu forma de tratar a ese zorro. No es común encontrar a un hombre que, aun habiendo sufrido lo que creo que tú has sufrido, decide ser amable con los animales. Y cuyo corazón, aunque él piense lo contrario, sigue siendo bueno.

A mí me ayudó hablar con Vera, y esperaba que hablaras conmigo. Si no, espero que algún día encuentres a alguien de confianza. Porque, si sigues reprimiéndote, alguien va a salir lastimado..., y podrías no ser tú.

Supongo que terminaré diciéndote esto: a veces tenemos que hacer cosas terribles. Y otras veces nos las hacen a nosotros. Ninguna de esas circunstancias nos hace

malas personas, pero no podemos huir para siempre. Si en estos momentos no eres capaz de reconocer tu propio valor, busca a alguien que lo haga. Esa persona creará en ti hasta que estés listo para hacerlo tú mismo.

Y, cuando esa oscuridad te envuelva y sientas que jamás podrás escapar de ella, sabrás que tienes tanto la oportunidad como la opción de enfrentarte a ella y saber que miente. Hay días en los que no eres capaz de tomar esa elección. Pero tal vez llegue el día en que puedas.

Disfruta de la cocina de Vera. Nada en el mar, duerme y trabaja. Haz algo bueno cuando puedas, como puedas y por quien puedas. Y ven a cenar a casa un día de estos.

R».



Ben quería continuar la labor de su padre en el molino, pero Anduin no se lo permitía. En su lugar, iba él mismo a la ciudad a por las cosas que necesitaba. Era lo mínimo que podía hacer por ellos. Por Rodrik.

En su primer viaje, Vera insistió en que fuese a la panadería a disfrutar de un té con pastas. Quería que comprendiese lo que había pasado. Le contó que los rumores sobre los tesoros de la zona habían llegado a oídos de algunos bandidos.

—No son más que ratas. Ya te lo digo yo, Jerek, no hay en el mar monstruo más cruel que aquellos que navegan por él. Roddy nos trajo a casa en carro, y luego volvió para intentar salvar a todos los que pudiese. Dijo que no volvería a huir —Vera se mordió el labio—. Si... si teníamos que perderlo, espero que al menos pudiese... Antes de...

—Sí —dijo Anduin en voz baja—. Pudo.

Al ver cómo se relajaba el rostro de la mujer, siquiera un poco, supo que sus palabras le habían brindado algo de paz.

El paso del tiempo dio lugar a un nuevo ritmo de vida, donde se instaló una nueva rutina. Anduin seguía trabajando en el molino, pero, al caer el sol, solía sentarse junto a la tumba de su amigo. El zorro lo acompañaba, acurrucándose junto a él. En ocasiones, Anduin hablaba en voz alta tal como si Rodrik estuviese ahí, escuchando. A veces hacía confesiones o preguntas que Rodrik jamás contestaría; otras, sufría arrebatos de ira. O volvía a leer su carta y se recordaba a sí mismo que debía mantener la calma.

En sus visitas a la ciudad, ayudaba a veces a Ben a hacer el papeleo o a cargar y descargar los carros. De vez en cuando, Vera también le pedía ayuda para amasar en la panadería. Le llevó un tiempo darse cuenta de que, en realidad, le había estado enseñando a hacer pan. Ella y Ben querían hablar sobre Rodrik, a lo que Anduin se oponía al principio. Pero, con el tiempo, se dio cuenta de que *quería* escuchar esas historias. Casi todas versaban sobre pequeñas cosas: una ocurrencia brillante en el momento justo, un ejemplo de paciencia frente a la rebeldía de sus hijos o un disfraz de Halloween que no había salido como esperaba. La única que parecía no querer hablar de su padre era Cynda. Vera confesó a Anduin que se alegraba de que Cynda fuese tan pequeña cuando ocurrió.

—Así no tendrá tanto que echar de menos—dijo con una sonrisa triste.

Pero Anduin había visitado muchas veces el orfanato de Ventormenta. Había pasado tiempo con los refugiados que habían huido a su ciudad después de perder su hogar. Sabía que el dolor y la culpa pueden adoptar aspectos muy diferentes, y no estaba tan seguro de las palabras de Vera. Quería pensar que tenía razón, pero esa frágil esperanza se desvaneció una engañosamente tranquila mañana cuando Cynda lanzó una tetera contra el suelo de piedra.

—¡Cynda! —gritó Vera—. ¡Era un regalo de bodas que me hizo tu padre!

—*¡Ya lo sé!* —contestó la niña—. Pero a él le da igual porque ya no está aquí, así que ¿por qué te importa a ti? ¡*Nosotros* también le dábamos igual!

Tras agarrar una de las tazas que acompañaban a la tetera y tirarla también al suelo, eludió hábilmente las manos de su madre y huyó a la calle.

—¡Cynda! —exclamó Vera, y se dispuso a perseguirla.

—Deja que se vaya —dijo Anduin. Vera se volvió y le lanzó una mirada dura—. Sé que sus palabras te han dolido, pero... deja que sienta lo que necesita sentir.

Vera se relajó.

Para sorpresa de ambos, Anduin continuó.

—Mi madre murió cuando yo era un bebé. Y... mi padre... —Sentía un nudo en la garganta, pero algo en su interior lo empujó a continuar.

»Por ciertos motivos, se marchó cuando yo tenía más o menos la edad de Cynda. Luego volvió. Las cosas mejoraron, pero... es difícil entender algunas situaciones más complicadas cuando eres tan joven. Ya volverá. Y hablará contigo cuando se sienta capaz. Sabe que... —sabía que las palabras que seguían eran *«la quieres»*, pero se negaban a salir.

Vera volvió a esbozar una sonrisa.

—Tienes razón. Es difícil recordar estas cosas en momentos así. Eres un buen hombre, Jerek. Rodrik tenía razón sobre ti. Siempre serás bienvenido en esta casa.

Anduin le dio las gracias y se marchó.

En su siguiente visita, trajo al zorro consigo. El animal era huidizo, pero Anduin sabía cómo atraerlo. Cogió una baya de un bol que había sobre la mesa y dijo:

—Oye, zorro. —Y la baya desapareció de su mano.

—A mí también me gustan las bayas —dijo Cynda con alegría, y se llevó varias a la boca mientras ofrecía otro puñado al agradecido animal.

—Me temo que hoy ya no habrá tarta de bayas, pero merece la pena por verla sonreír —dijo Vera con una sonrisa—. Ven un segundo, Jerek. Dime qué te parece esto. Lleva miel y flores.

El panecillo parecía aún más pequeño en su mano. Olía de maravilla y, por primera vez en bastante tiempo, Anduin sintió verdadero placer al saborearlo. Se lo terminó de dos bocados. Vera arrugó los ojos y le ofreció otro.

—Le gustas —le dijo Anduin a Cynda. El zorro le estaba enseñando su blanca barriga a la niña, pidiendo que se la rascase. Cuando lo hizo, el zorro expresó su entusiasmo con un agudo cacareo.

—¡Se está riendo! —dijo Cynda, riendo con él. Miró a Anduin, y su sonrisa se volvió un tanto triste—. Mamá me ha contado lo de tu mamá y tu papá. Lo siento.

Sorprendido, Anduin miró a Vera.

A le ayudó —dijo Vera—. Oír tu historia le ayudó.

»Echo mucho de menos a papá —dijo la niña. Seguía acariciando al zorro—. Mamá dice que este sentimiento no se va nunca, pero se vuelve más fácil. Y que nos tenemos los unos a los otros. —Miró a Anduin, triste pero con una sonrisa—. ¿A que sí?

Anduin estaba a punto de contestar cuando se dio cuenta de que también se refería a él.

«Ah, no, pequeña. No. Algún día yo también os fallaré, igual que a todos los demás.»



El tiempo pasaba. Anduin trabajaba, intentando mantenerse ocupado. Las pesadillas eran cada vez menos frecuentes. La ansiedad que se cernía a veces sobre él empezó a aliviarse. Las reminiscencias de aquellos desgarradores momentos que parecían tan reales ya casi habían cesado.

Al final, tal como una parte de él siempre había sabido, no duraría para siempre.

«Murieron por su culpa. Sus amigos. Aquellos que creían en él e intentaban salvarlo. Les había fallado.»

»El humo, el bebé que lloraba y pedía ayuda como mejor podía...».

Anduin despertó, sobresaltado. El llanto de su pesadilla era en realidad el zorro, que gemía y le empujaba con la pata. Tenía las orejas hacia atrás.

Algo iba muy mal. Anduin se sacudió el sueño, casi literalmente, y acarició al animal para calmarlo. Se levantó de la cama y miró por la ventana.

Al sur se alzaba una columna de color gris.

Humo.

—No... —susurró. Le temblaron las piernas.

No podía fallarles. Otra vez no. No podría soportarlo. Pero, a pesar del miedo, sus piernas se movieron por sí solas. Corrió hacia el carro y hacia donde había enterrado sus



«Ah, no, pequeña.
No. Algún día yo también
os fallaré, igual que a
todos los demás».

posiciones. A pesar de que no podía desenvolver la espada por miedo a agarrar su empuñadura. ¿Y si no podía parar? ¿Y si disfrutaba demasiado volviendo a blandirla? No podía controlarse, no podía mantenerse a salvo.

Y, aun así, cabalgó hacia el pueblo. Por Vera, Ben y Cynda; por la promesa que le había hecho a aquel hombre que le entendió, que confió en él aun cuando no tenía motivos para hacerlo. Cuando no sabía lo que había hecho Anduin, su traición a su cargo y su deber.

En el festival, el humo se había vuelto negro y los edificios ya habían ardidido por completo cuando Anduin llegó. Pero esta vez era diferente.

Solo ardían unas cuantas estructuras, y los asaltantes apenas habían empezado su ataque. Pero la cacofonía era la misma: risas. Gritos. Violencia.

Anduin apretó los dientes para bloquear el miedo como si lo hiciese con un escudo. Se bajó ágilmente del caballo y lo mandó a un lugar seguro. Su mano derecha apretaba la empuñadura con fuerza, la izquierda se unió a ella y, por primera vez desde que abandonara los reinos de la Muerte, Anduin Llaine Wrynn alzó la espada de su padre.

Shalamayne.

Era más que una simple arma; su hechura era gloriosa y cada una de sus partes encajaba de manera armoniosa a pesar de haber sido, originalmente, dos poderosas espadas diferentes. Anduin avanzó, con el rostro sombrío y sin armadura, pero empuñando su espada legendaria. Una espada a cuyo propósito le había fallado en el pasado, pero que ahora alzaba con la esperanza de redimirse.

Uno de los piratas se giró y palideció. Abrió los ojos de par en par.

«Una mirada de terror...».

Por un terrible instante, Anduin quedó paralizado. No podía respirar.

El bandido sonrió y levantó su alfanje.

Pero Shalamayne descendió sobre él con engañosa delicadeza para herirlo de muerte.

Su perfecto equilibrio la hacía fácil de empuñar sin apenas requerir esfuerzo. No había material que no pudiera cortar ni enemigo al que no pudiese abatir. La brutalidad del momento lo dejó sin aliento, pero su memoria muscular tomó el control. Anduin asestó un tajo tras otro; Shalamayne parecía silbar en sus manos, como si se alegrase de

volver a ser utilizada en defensa de los inocentes. En aquel instante, su espada y él eran uno solo.

La sangre salpicaba su rostro, cálida y húmeda; le escocía en los ojos y se le metía en la boca. Se limpió los labios con el dorso de su mano y continuó. Los enemigos caían, uno tras otro. Dejó de contarlos, y el tiempo dejó de importar. Se movía como si estuviera danzando, sin pensar, sin sentir nada más que el poder de su propio brazo y sin oír más que los silbidos de la espada. Anduin arremetía con Shalamayne y la hundía casi hasta la empuñadura, para luego volver a sacarla y seguir asestando golpe tras golpe.

El enemigo ya estaba en el suelo, pero Anduin seguía luchando. La espada subía y bajaba...

Una voz apagada intentaba hacerse oír en medio del caos. Una palabra. Nada que tuviese significado para él en aquel momento sangriento.

Un nombre. No era el suyo, pero... le resultaba familiar...

—¡Jerek! ¡Jerek!

Anduin gritó y levantó a Shalamayne para volver a golpear...

Cynda estaba allí de pie, observándolo, boquiabierta y conmocionada. Pero no tenía miedo. Por alguna razón descabellada, *la niña no tenía miedo*, y le estrechó el brazo mientras decía cosas que Anduin no logró entender, pero le resultaron reconfortantes.

«Anduin...».

Podía oír vagamente su nombre, pero la voz no era la de la niña que tenía delante. Esta llamada golpeó directamente su ser y quebrantó sus pensamientos en un caleidoscopio de agonía y brillantes colores. Era una canción de palabras que entendía, pero no podía reconocer y retumbaba en cada nervio de su cuerpo. Y la voz cantante conocía su verdadero nombre.

«Anduin» susurró, con la misma suavidad que dolor. Una imagen inundó su mente: un sol, blanco y radiante en el centro, con tonos amarillos y magentas que parpadeaban en los bordes.

»Anduin«.

Tanto aquella voz como la visión eran de una belleza estremecedora, pero entendió que aquello que contemplaba corría peligro. Que en algún momento, quizás dentro de poco, podría estallar.

Lo estaba llamando. Lo necesitaban.

«No —suplicó a la voz, aun sin saber qué era—. *Me necesitan aquí. Por favor.*»

«*Anduin...*» contestó la voz, dolida y atormentada.

El tacto sobre su brazo lo devolvió a la realidad; empezó a parpadear, y la visión se desvaneció poco a poco. Cynda seguía ahí, visiblemente preocupada.

—¿Estás bien, Jerek?

Anduin miró los cuerpos esparcidos a su alrededor. Vio a Vera y a Ben que, abrazados, lo miraban con compasión y gratitud; y vio las caras de conmoción del resto de lugareños. Ya no gritaba nadie. Anduin había traído el silencio. ¿A cuántos habría matado, sin ni siquiera...?

Posó la mirada sobre Shalamayne, como si fuese la primera vez que la veía.

La hoja no brillaba con ninguna luz.

Ni dorada, ni, por suerte, azul gélido.

Anduin cayó de rodillas y dejó caer la espada, que rebotó en el suelo con un ruido metálico mientras él miraba a Cynda.

—¿Por qué has venido hasta mí? Podría... Podría haberte *matado*.

La niña esbozó una pequeña sonrisa.

—Sabía que no lo harías.

Los ojos de Anduin se llenaron de lágrimas.



—Ojalá pudiese quedarme —dijo Anduin a Rodrik, al viento o a sí mismo.

Había limpiado la sangre de Shalamayne y recuperado las piezas de su vieja armadura, que habían reposado en aquella cueva durante lo que parecía una eternidad. Había ordenado la cabaña, alimentado a las cabras y las gallinas, y organizado los sacos de

grano. Ahora se encontraba sentado junto a la tumba de su amigo, ataviado con su armadura, con Shalamayne a su derecha y el zorro a su izquierda. El animalillo tenía los ojos cerrados mientras Anduin le rascaba tras las orejas.

—Pero sé que lo entiendes. Gracias. Por todo lo que me has enseñado.

Agarró la carta que le había dejado Rodrik y se la guardó en el bolsillo.

De repente, el zorro se levantó, alerta, y dirigió la mirada hacia el camino antes de correr hacia él. Anduin pensaba que ya se había despedido de los Feldon después de que Cynda, con su fe inocente, lo hubiese sacado del violento trance en el que se había sumido. De momento. Pero no le sorprendió ver el carro de Rodrik acercarse por el camino, con los tres Feldon.

—No pienses ni por un segundo que vamos a dejar que te vayas sin provisiones —dijo Vera mientras Ben frenaba el carro.

Anduin se puso en pie.

—Os lo agradezco, pero prefiero viajar ligero.

—Mis pastas pesan poco —respondió Vera.

En eso Anduin estaba de acuerdo.

—Jerek —dijo Ben—, esa espada...

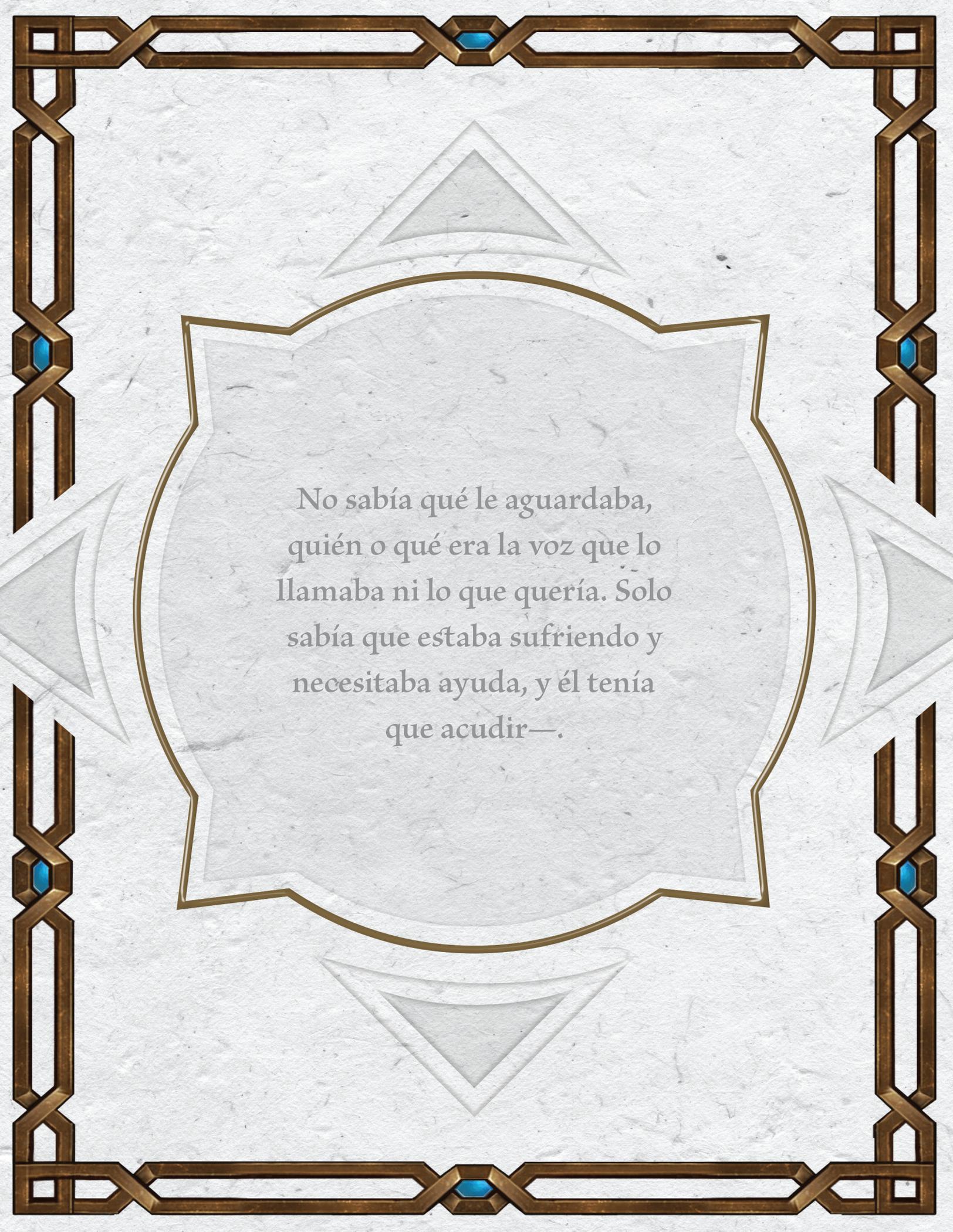
—Muchos aventureros errantes luchan con espada, Ben —intervino Vera rápidamente—. Sabes que a tu padre no le gustaba la gente preguntona.

—No pasa nada, Ben —y lo decía de verdad. Ya no importaba si alguien los reconocía a él o a Shalamayne.

—¿No puedes quedarte, Jerek? —preguntó Cynda mientras corría hacia él. Al ver que negaba con la cabeza, volvió a preguntar—: ¿Volverás algún día?

—No puedo quedarme —contestó. No sabía qué le aguardaba, quién o qué era la voz que lo llamaba ni lo que quería. Solo sabía que estaba sufriendo y necesitaba ayuda, y él tenía que acudir—. Yo... —Se le quebró la voz. Y, antes de que se diera cuenta, la niña saltó sobre él y lo abrazó con fuerza. Anduin se quedó paralizado durante unos segundos y entonces, con torpeza pero con dulzura, le dio unas palmaditas en la espalda.

—Deja al pobre muchacho que se vaya, Cynda —dijo Vera.

The page features a complex gold border with a repeating geometric pattern and small blue gemstones at the corners. A large, ornate gold frame in the center contains a light gray, textured background. The text is centered within this frame.

No sabía qué le aguardaba,
quién o qué era la voz que lo
llamaba ni lo que quería. Solo
sabía que estaba sufriendo y
necesitaba ayuda, y él tenía
que acudir—.

La niña obedeció con reticencias. Vera le dio un saco repleto de comida, agua, pociones y otras provisiones. Anduin aceptó con un cabeceo de asentimiento y cogió a Shalamayne, que estaba envuelta en su capa.

—No sé adónde te diriges, pero te deseo felicidad y seguridad, y espero que encuentres lo que buscas.

Anduin fue incapaz de encontrar palabra. Se limitó a asentir y se dio la vuelta rápidamente, sabiendo que, si tardaba un segundo más en marcharse, no sería capaz de hacerlo. Apenas había dado tres pasos cuando algo rojizo corrió hacia él y estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio.

Y Anduin se desmoronó.

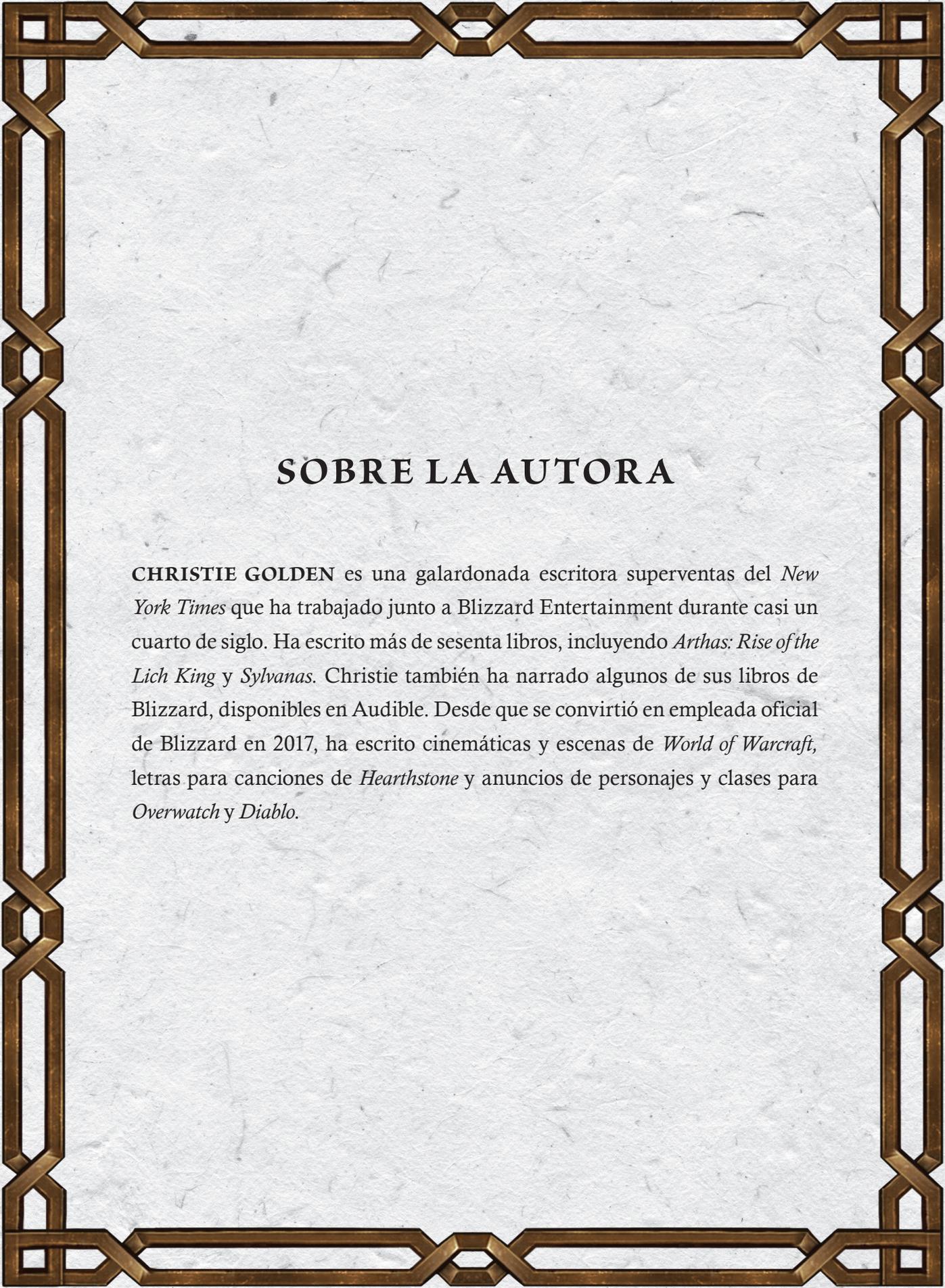
Se arrodilló y cogió en brazos a Zorro; no «*al zorro*», sino a *Zorro*, porque, sin darse ni cuenta, ya le había puesto nombre. Zorro lamió sus lágrimas mientras lo abrazaba estrechamente. Allí donde iba, Zorro no podía seguirle. Para enfrentarse a lo que fuera que le aguardaba, necesitaba saber que aquella familia, Zorro incluido, estaba a salvo y en paz. Así que lo cogió y se lo dio a Cynda, colocándolo entre sus brazos.

—Sujeta bien a Zorro —le dijo Anduin—. No dejes que me siga. Ahora es tuyo.

Los ojos de Cynda se llenaron de lágrimas y asintió, agarrando al inquieto animal, que lloraba y le arañaba los brazos intentando liberarse

Y Anduin emprendió su camino, solo. Le pesaban los hombros, pero ya no huía. Lo estaban llamando y él debía acudir. Lejos de quienes eran importantes para él, sí, pero hacia algo o alguien que necesitaba su ayuda. Aún le faltaba confianza en sí mismo, pero tenía la confianza de sus seres queridos. Decidió que eso le bastaría hasta que hiciese las paces con su pasado.

Y, mientras tanto, seguiría la llamada de ese algo o alguien que le esperaba.



SOBRE LA AUTORA

CHRISTIE GOLDEN es una galardonada escritora superventas del *New York Times* que ha trabajado junto a Blizzard Entertainment durante casi un cuarto de siglo. Ha escrito más de sesenta libros, incluyendo *Arthas: Rise of the Lich King* y *Sylvanas*. Christie también ha narrado algunos de sus libros de Blizzard, disponibles en Audible. Desde que se convirtió en empleada oficial de Blizzard en 2017, ha escrito cinemáticas y escenas de *World of Warcraft*, letras para canciones de *Hearthstone* y anuncios de personajes y clases para *Overwatch* y *Diablo*.